

			
	DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE		
	100 FRAGMENTOS DEL MUNDO CLÁSICO		
			
			
			
			<i>Ariel</i>

DAVID HERNÁNDEZ
DE LA FUENTE

100
FRAGMENTOS
DEL
MUNDO
CLÁSICO

DEL MITO
A LA HISTORIA

Ariel

Primera edición: noviembre de 2024

© David Hernández de la Fuente, 2024

© Paola Grande (@miss_littlebig), por las ilustraciones de interior, 2024

Diseño de maqueta de Irene Mármol

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3809-5

Depósito legal: B. 17.905-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

A modo de prefacio, p. 11

55 MITOS DE LA HISTORIA, *p. 17*

4 SEPTENARIOS MÍTICOS, *p. 77*

7 Ciudades del mito a la historia, *p. 79*

7 Avances míticos de la arqueología, *p. 97*

7 Gobernantes de la historia al mito, *p. 115*

7 Filosofías clásicas para el mundo de hoy, *p. 137*

17 MIRADAS CONTEMPORÁNEAS
AL MITO Y AL MUNDO CLÁSICO, *p. 153*

Un final abierto, p. 223

Bibliografía citada y general, p. 227

Akenatón



La curiosa figura del faraón Amenofis IV, más conocido como Akenatón, que reinó a mediados del siglo XIV a. C., ha llevado a una serie de especulaciones acerca de su figura que van más allá de los datos históricos que se tienen sobre su reinado y sobre la espectacular reforma religiosa que implantó al proclamar a un dios de cuño renovado, de nombre Atón, ya no como deidad suprema o superior, sino como única divinidad posible. Como esta reforma suele ser considerada el primer ejemplo de monoteísmo de la historia, hay teóricos que han especulado con algunas conexiones entre esta reforma de Akenatón y ciertas tradiciones religiosas semíticas del temprano judaísmo. Se ha llegado a sostener, de forma poco verosímil, que el dios único al que se refieren los teónimos judíos Yahvé, Elohim y Adonai podrían tener una conexión con Atón. También hay quien ha aludido a los paralelos de la religión solar de Atón, la ciudad sagrada de Akenatón ('horizonte de Atón') y la propia figura del faraón como mediador divino, profeta y portavoz de la nueva divinidad, que participa de lo divino y que es superior al resto de

los mortales, tiene con el cristianismo. Pero, como ha señalado el arqueólogo D. B. Redford, no hay ninguna prueba que permita hablar de ningún tipo de precedente al respecto. En todo caso, esta reforma religiosa tuvo en su momento una gran relevancia política por la transformación de la figura del gobernante en un mediador con lo divino, y tendría otras interesantes influencias, pese a que fue una experiencia que no sobrevivió a su fundador. Desde luego que los paralelismos mencionados entre el mono-teísmo precursor de Akenatón y los posteriores son evocadores y no hacen sino acrecer el mito de este faraón místico. Sus dimensiones legendarias, derivadas también de la reforma en la iconografía que se produjo en su época, siguen ejerciendo una notable fascinación entre los forjadores de mitos de la historia.

Zoroastro

La existencia histórica de Zoroastro, el mítico fundador de la religión profética irania que lleva su nombre —una de las más antiguas del mundo—, está envuelta en leyenda. Su biografía está casi exclusivamente compuesta por elementos míticos y se basa en lo que se sabe a través de sus himnos, como las alusiones personales en los Gathas, y en una tradición biográfica muy dudosa. Incluso se cuestiona la cronología de su vida, entre el primer milenio y el siglo VI a. C., y el hecho de que hubiera sido una o varias personas, en una sucesión de sacerdotes. Parece que nació como miembro de una casta sacerdotal y que su padre era un noble, Pourusaspa. En la tradición se casó con Huvovi y tuvo tres hijos y tres hijas, que se convirtieron a su religión profética tras recibir su iluminación de parte de Zoroastro. Poco más es lo que se sabe del fundador: parece que fue expulsado o rechazado por muchos de sus contemporáneos y seguramente sus enseñanzas provocaron la oposición de la casta sacerdotal de su época. Se dice que murió asesinado en Baikh (actual Afganistán) a los setenta y siete años mientras realizaba un sacrificio en un altar. Pero todos estos datos quedan bajo sospecha y entran en las categorías de la narrativa folklórica y de los arquetipos de los cuentos populares que han estudiado repertorios como el de

Aarne-Thompson-Uther. El número de hijos e hijas, el aprendizaje y las enseñanzas del maestro mítico y otras señales son marca del sabio legendario del folklore y han hecho dudar a algunos estudiosos sobre la existencia real de Zoroastro. Su figura, gracias a la extraordinaria difusión de su religión a partir de la Persia aqueménida y, posteriormente, de la sasánida, contribuyó a engrandecer aún más su halo legendario. En la posteridad occidental, Zoroastro ha seguido representando ese arquetipo del sabio oriental, como se ve en el Sarastro de la *Zauberflöte* de Mozart, con sus resabios iniciáticos, o en el renovador Zarathustra de Nietzsche.

Mitra y el mitraísmo

«Mitra, dios de la mañana, nuestras trompetas levantan el muro. / Roma gobierna las naciones, pero tú gobiernas sobre todo.» Así recrean los versos de *Un himno a Mitra*, de Kipling, los cánticos de una legión romana al misterioso y resplandeciente Mitra. El poderoso Mitra, simbolizando el Sol Invicto, fue acaso la divinidad más popular del imperio tardío, un dios persa que, tras su mestizaje helenístico, cruzó las calzadas de todo el territorio romano extendiendo su mensaje iniciático de salvación. Mitra era en su origen una antigua divinidad indoiraniana de los pactos y la lealtad, citada en textos sagrados del Oriente. En la India, era uno de los principios soberanos del universo. Hay incluso un himno dedicado a él en el Rig-veda. Su contrapartida en el politeísmo iraní era una poderosa y antiquísima divinidad solar, de la luz y la verdad. Tras la gran reforma religiosa de Zoroastro, con Ahura Mazda como dios celeste del bien, el papel de Mitra sería el de vigía y guerrero del bien. Mitra es el ojo que todo lo ve desde el firmamento. En el Avesta, Ahura Mazda le dice a Zoroastro que él creó a Mitra «digno de alabanzas» como él mismo. Mitra también existe en la mitología china, donde se le llama «el amigo» y se le representa como un jefe militar, valedor del hombre en esta vida y protector suyo en la otra. Pero la gran expansión mundial de Mitra llegaría más adelante, en época helenística y romana, llegando a poblar incluso el lejano Occiden-

te hispano de mitreos. Desde los reyes grecopersas de Comagene y desde Antíoco I, el culto de Mitra resultó enriquecido por las doctrinas filosóficas y científicas de los griegos. Luego, las legiones romanas extendieron por todo el imperio el culto de Mitra, convertido en dios principal de una nueva religión misteriosa de mitología antigua, astrología oriental y orientación posteriormente henoteísta y neoplatónica.

Pitágoras

El famoso Pitágoras de Samos (c. 570-c. 490 a. C.) fue mucho más que un matemático, como una serie de fuentes tardías se ha empeñado en hacerlo pasar a la posteridad. Son enormes las implicaciones de este personaje y de sus doctrinas para la historia de las ideas, sobre todo en el ámbito de la religión y la ética, como se desprende ya de sus críticas presocráticas. En sus biografías legendarias, Pitágoras parece un ser a medio camino entre los hombres y los dioses, un Prometeo que acerca a los mortales el fuego de la sabiduría. La astronomía, la filosofía, la retórica, la política, la adivinación, la medicina. Nada escapa a este sabio primordial al que la opinión común atribuye un famoso teorema, las escalas musicales y algunas ideas sobre el movimiento de los astros. Hay quien recuerda también que adoptó una idea que ha revolucionado a la humanidad: la de la inmortalidad del alma (y su consecuencia inmediata, la vida tras la muerte y la reencarnación). Y quien añade que fundó un estilo de vida basado en una estricta ascesis y en doctrinas secretas y purificadoras. De este filósofo legendario se cuentan muchas leyendas, recogidas en sus fantásticas biografías a cargo de los neoplatónicos Porfirio y Jámblico, que lo convierten en un ser sobrenatural. Un portento que marcaba su carácter sobrehumano era su misterioso muslo de oro, que mostraba en ocasiones singulares a otros sabios o sacerdotes, y que todos interpretaban como señal de divinidad. Al verlo, el chamán Abaris el Hiperbóreo no dudó en identificarle con el propio Apolo, al que a veces se atribuye la paternidad legendaria del célebre Pitágoras. Una de las máximas pitagóricas era: «¿Quién eres, Pitágoras?». Y

muchos, al ver su muslo de oro, decían que era el propio Apolo Hiperbóreo. Además de esta anécdota, la biografía de Pitágoras posee todos los rasgos que caracterizan al hombre divino, lo que llama la atención al tratarse de un personaje al que se suele recordar como el padre de la tradición matemática y filosófica. Su vida está marcada por las señales de esos «filósofos chamanes» que, en palabras de Mircea Eliade, abundaron en la Grecia arcaica durante el momento fundacional del pensamiento en Occidente.

Solón

En un cierto momento del siglo IV a. C. se quiso hacer remontar los orígenes de la democracia ateniense no a las reformas de Clístenes en 507 a. C., sino a una figura más legendaria y prestigiosa, Solón de Atenas (c. 638-558 a. C.). Solón encarnaba el arquetipo del sabio de la Grecia arcaica, en una época, entre los siglos VII y VI a. C., en que las diferentes *technai* o facetas del saber estaban entremezcladas. En primer lugar, se le considera un importante político que fue designado legislador (*nomothetes*) y mediador (*diaktes*) entre las clases sociales de Atenas en un momento de crisis. Las leyes que promulgó Solón mejoraron la justicia social y posibilitaron el acceso de otras clases ajenas a la nobleza al gobierno de la ciudad. En segundo lugar, se conservan poemas compuestos por Solón en los que destaca por ser uno de los más brillantes líricos griegos, como sus elegías sobre Salamina o sobre el buen gobierno. Pero es su tercera faceta la que termina por dotar a este personaje de toda su fascinación, pues la leyenda dice que fue uno de los míticos Siete Sabios de Grecia, cuyas máximas tenían un lugar de honor en el templo de Apolo en Delfos. Se convirtió incluso en protagonista de episodios literarios memorables, como su encuentro con el rey Creso, narrado por Heródoto, o su entrevista con el sacerdote egipcio, contada por Platón. No es de extrañar que, en un momento de tribulaciones políticas importantes, los ciudadanos atenienses quisieran situar a este personaje como el fundador de su sistema de gobierno participativo: la democracia. Aunque esto no fuera del todo cierto, se trataba de una mentira piadosa para prestigiar el régimen ateniense.

La Pitia de Delfos



El legendario templo de Apolo en Delfos albergaba el santuario oracular más famoso de la Antigüedad, situado en el centro espiritual y cultural del mundo griego. Cuando el consultante, tras cumplir todos los requisitos previos, llegaba al interior del templo, el *adyton*, se encontraba allí con la Pitia, sacerdotisa de Apolo, que era poseída por el dios para dar la respuesta a las preguntas mediante una suerte de trance. Ya en la Antigüedad se discutió sobre la naturaleza de este éxtasis profético y se plantearon una serie de teorías sobre el origen de la inspiración de la Pitia. Según un mito, transmitido por Diodoro y Plutarco, dicha inspiración provenía de una grieta en el suelo, bajo el trípode sobre el que se sentaba, que emitía un vapor, vaho o espíritu (*pneuma*). Cuenta la leyenda que fue un pastor quien, en el lugar donde luego se construiría el templo, había descubierto las propiedades de este vapor, que intoxicó a sus cabras y luego a él mismo, haciéndole ver el futuro. Históricamente ha habido muchos intentos de explicar este éxtasis por el recurso a sustancias psicoactivas, por ejemplo, en la ablución ritual de la Pitia en la fuente Casotis, pues en la mayoría de los oráculos el profeta o la profetisa bebía agua, y a veces incluso sangre. Otros autores sitúan la causa en el trípode o en el laurel ritual, consagrado a Apolo, que la Pitia masticaba junto con una miel tóxica. Como decía el poeta Calímaco: «La Pitia en el laurel se instala, profetiza gracias al laurel y sobre el laurel se apaga». Otras explicaciones antropológicas a la enajenación de la Pitia recurren al hipnotismo y a la sugestión. Pero últimamente la teoría de los gases en el subsuelo del templo ha cobrado fuerza desde que una investigación geológica encargada en tiempos recientes por el Gobierno griego señaló la existencia de una falla con etileno. Sigue siendo un mito de la historia la inspiración de inconexos vaticinios de la Pitia, que eran interpretados oportunamente por un grupo de sacerdotes y aprovechados políticamente por la potencia de turno en la Grecia antigua.

Falsos oráculos

Los oráculos fueron en la Antigüedad griega una eficaz arma en manos de los poderosos para ejecutar sus designios o difundir su propaganda. Un ejemplo claro es el santuario de Apolo en Delfos, cuya consulta era clave para obtener el beneplácito de la esfera de lo divino en la política interior o exterior. Pero, aparte de los grandes santuarios, los gobernantes contaron también con la ayuda de expertos en profecías y adivinos ambulantes, que abundaron en la Grecia antigua. Tal es el caso de Onomácrita, que vivió a caballo entre finales del siglo VI y principios del V a. C., antes de la época de las guerras médicas (en las que Delfos, por cierto, desempeñó un papel determinante con sus oráculos sobre la invasión persa, que tuvieron gran efecto en la política ateniense). Onomácrita fue un experto compilador de oráculos que trabajó para Pisístrato, tirano de Atenas. Entre su programa propagandístico, que incluía la promoción de las bellas artes, este tirano, junto con sus hijos, impulsó la compilación definitiva y edición de los poemas homéricos, así como una colección de la poesía sagrada tradicional que circulaba en Grecia, atribuida a poetas legendarios. Heródoto nos narra que para ello Pisístrato requirió los servicios de un tal Onomácrita, un erudito sin escrúpulos. Y es que este no dudó en incluir falsificaciones de su invención, así como interpolaciones en los poemas homéricos y en los oráculos del mítico poeta Museo a favor de Atenas y de los Pisistrátidas. Sin embargo, sus falsificaciones fueron detectadas por el poeta Laso de Hermíone, por lo que lo acabaron expulsando de la corte de los tiranos de Atenas. Su actuación posterior, en la corte de los monarcas de la Persia aqueménida, animó al rey Jerjes a impulsar su campaña contra Grecia. Onomácrita es un buen ejemplo de un falsario al servicio del poder que inventaba o intercalaba sus versos propagandísticos recubriéndolos en la envoltura de autores míticos o prestigiosos.

Medicina mítica

La ciencia médica hunde sus orígenes míticos en la antigua Grecia, entre un dios y un personaje semilegendario, Asclepio e Hipócrates. Veremos en breve algunas características de ambos que luego quedaron incluidas en la historia de la medicina. Según la mitología, Asclepio nació de Apolo y Corónide, una princesa tesalia que, habiendo quedado embarazada del dios, se prendó de un mortal. Apolo fue advertido de esta traición por un cuervo —que en la época era un ave de color blanco— y tras sorprender a la joven la quemó viva en venganza (huelga decir que el castigo para el portador de malas noticias fue volverse una negra ave de mal agüero). Mientras el cuerpo de Corónide ardía en la pira, Apolo arrancó de su seno a su hijo niño, vivo aún, y lo crio. El niño, de nombre Asclepio, fue educado por el sabio centauro Quirón, que le enseñó el arte de la medicina, en la que avanzó tanto que llegó a asustar a los propios dioses. El joven médico desafió las leyes de la naturaleza y resucitó a un muerto, por lo que Zeus, como castigo y para salvaguardar el orden, lo mató con su rayo. Luego fue divinizado como dios de la medicina, barbado y sonriente, sentado en un trono y con un báculo en torno al cual se enrosca una serpiente. Ese es el animal que simboliza la resurrección de la que habla el mito y que aprendió a practicar. Patrón de todos los médicos de la Grecia antigua, Asclepio tuvo tres hijas, Higiea, Panacea y Yasó (nombres parlantes que significan algo así como la «Saludable», la «Remediadora de Todo» y la «Curadora»). Fue especialmente venerado en santuarios como Cos o Epidauro: los devotos de su culto en esos lugares creían que se les aparecía en sueños, al dormir en sus templos, y les revelaba las más eficaces curas y recetas para sus enfermedades. Prueba de ello es el discurso que le dedica un hipocondríaco sofista del siglo II, Elio Arístides, con el registro de sus sueños. Además, numerosas inscripciones y exvotos hallados en templos suyos como el de Epidauro son testigos de estas curaciones míticas de la historia de la medicina.

Hipócrates

Aunque ha pasado a la historia como el primer médico que rechazó los elementos sobrenaturales y religiosos, la medicina griega tiene en la figura de su fundador, Hipócrates de Cos (c. 460-370 a. C.), algunos de los rasgos más claros de la leyenda del hombre divino. En general, se habla de él como del fundador de la teoría humoral en la que se basaba la antigua idea griega de la salud, entre el equilibrio y el régimen de vida moderado, como estudió Laín Entralgo. Pero, aunque fue un personaje histórico al que se puede atribuir una obra real, su figura fue enormemente mitificada. Se le consideraba descendiente del dios Asclepio y su tradición biográfica está plagada de detalles mágicos y sorprendentes. Hay una serie de textos apócrifos relacionados con él, vidas, cartas y discursos, que llaman enormemente la atención. Si bien su figura fue ensalzada por Platón como uno de los Asclepiadas, ya en los primeros siglos de nuestra era, las legendarias *Vidas de Hipócrates* le convertían en un modelo de filantropía y atribuían un carácter semidivino al padre de la medicina antigua. Hay noticias de que los habitantes de Cos hacían ofrendas el día de su aniversario como si de un héroe tutelar se tratase. Galeno, el sabio médico que vivió en la época de Marco Aurelio, se refiere a sus dichos como a las palabras de un dios y puede decirse que su figura pasó por un proceso de deificación a lo largo de los siglos, como señala O. Temkin. Algún epigrama se refiere a él como el sanador divino (Peán), con el mismo término o sobrenombre que se usa para el gran dios Apolo y para su hijo Asclepio, divinidad de la medicina. Hay indicios de que su figura y la del dios Asclepio quedaron en algunos momentos entrelazadas, siendo difícil distinguir entre mito e historia. Su propia obra atribuida, el llamado *Corpus Hippocraticum*, es un curioso conglomerado de unos setenta tratados médicos de diversa índole que no pueden considerarse escritos por una misma mano. Seguramente se trata de una serie de libros médicos de época posterior, y dan fe del carácter de la escuela que se formó en torno a la figura semilegendaria del gran fundador de la medicina antigua, Hipócrates de Cos.